



OTRA REGENERACIÓN CATÓLICA A PROPÓSITO DE M. GASCÓN, “MENÉNDEZ PELAYO Y LA TRADICIÓN Y LOS DESTINOS DE ESPAÑA”.

David Soto Carrasco **
Universidad de Murcia

En uno de sus primeros trabajos publicados en la revista *Arbor*, Calvo Serer acuñó el término de “generación de 1939”, que se considerará a sí misma como la heredera del pensamiento de Menéndez Pelayo, “voz de todo un pueblo”, y superadora de la corriente extranjerizante, es decir, de los krausistas, la generación del 98 y Ortega¹. Esta nueva generación, que se había erigido continuadora de la Tradición mediante la victoria en la guerra civil, tendrá a partir de este momento la tarea de influir en Europa mediante la sustitución del marxismo e incluso del liberalismo por la tradición católica. Dice Calvo Serer:

“[...] ha de iniciar otra era histórica y sustituir a la Europa racionalista y marxista por una nueva Cristiandad, en la que España ha de tener un papel rector en el mundo del espíritu. De aquí que asimilen la crítica europea de la cultura moderna, y la enriquezca con la incorporación de los valores culturales españoles. Su tesis constante es que al período de la revoluciones ha de seguir la era de restauración europea en lo religioso, en lo intelectual y en lo político”²

Calvo Serer propondrá una vuelta a la tradición española que tomará como cabo de amarre la obra de Ménedez Pelayo. Ahora, siguiendo al montañés el punto de referencia se situará en la Contrarreforma y se proyectará en la puesta al día del Estado confesional

* Este trabajo se inscribe en el marco del Programa FPU del Ministerio de Educación [AP2007-02918].

** davsoto@um.es

¹ Cfr. O. Díaz, “La vida de un joven monárquico en la zona republicana: Rafael Calvo Serer”, *Congreso La Guerra Civil Española 1936 - 1939*, 2006.

² R. Calvo Serer, “Una nueva generación española”, *Arbor*, 24, XI-XII, 1947, p. 337.



católico en la política y en la cultura³. En este sentido, como puede apreciarse, las ideas concebidas y expresadas por Calvo tienen como antecedente el programa que Menéndez Pelayo dio a conocer en 1876. Un proyecto hecho para la Restauración, y que aspiraba a implantar un modelo cultural que, aunque fiel al dogma católico y a la tradición, estuviese abierto a los nuevos tiempos⁴. El polígrafo santanderino entendía que la decadencia que España venía padeciendo era un proceso general causado por la recepción de las corrientes de pensamiento extranjeras desde finales del siglo XVIII. Estas tradiciones apartadas del credo esencial español católico habrían llevado al país a una crisis cultural y política que había ahogado toda posibilidad intelectual en el último siglo. Es aquí, precisamente, donde toma fuerza la polémica de la ciencia española entre Menéndez Pelayo y los positivistas, krausistas, neokantianos y neotomistas. Para el montañés, como luego para Ortega, el problema español no residirá en aspectos de la administración pública, ni en la decadencia política o económica. El declive del país tenía exclusivamente raíces culturales y se asentaba en el hecho de que las corrientes europeas habían alejado a España de su “edad de oro perdida”. Su propósito será hacer compatible ciencia y catolicismo, o ensayar un futuro de esplendor para España que sólo podía pasar por asumir la tradición católica consustancial a la Hispanidad. De ahí que Laín, años después al hablar tanto del santanderino como de Costa, sostenga que la salvación de los “regeneracionistas” sólo se podía conseguir a través de sus propios medios⁵. Sin embargo, ya en su momento, Santiago Ramón y Cajal cuestionaría esta forma de ver el problema. En su opinión, el atraso cultural de nuestro país no era un problema de la decadencia política. Para nuestro científico, en España jamás había existido un verdadero período de esplendor en el terreno intelectual. Todo al contrario, argumentaba que el pasado español se había caracterizado por la pobreza cultural que, a su modo de ver, era una

³ O. Díaz, op. cit., p. 11.

⁴ A. Santoveña Setién, “Una alternativa cultural para la España de la Restauración: Menéndez Pelayo y la polémica sobre la ciencia”, *Investigaciones históricas: Época moderna y contemporánea*, 12, 1992, pp. 249; *Marcelino Menéndez-Pelayo. Revisión crítico-biográfica de un pensador católico*. Santander, Universidad de Cantabria, 1994.

⁵ P. Laín Entralgo, “La generación de Menéndez Pelayo”, *Revista de Estudios Políticos*, 13-14, 1994, p. 8.



consumación del atraso secular con respecto al resto de Europa⁶. También Ortega, todavía vivo el montañés, en 1906, habló de la ciencia española como “indisciplinada, fanfarrona”. Desde su óptica, la decadencia de España estaba afianzada en el hecho de que los modelos culturales se habían alejado de las formas que se imponían normativamente en Europa⁷. Ortega quería ciencia española que superará el inventario de Pelayo, y sabía que esa posibilidad sólo pasaba por Europa. Así, dice el filósofo madrileño: “La europeización es el método para hacer esa España, para purificarla de todo exotismo, de toda imitación”⁸. Para Ortega, España no podía salvarse a sí misma. Como ha visto el profesor Villacañas⁹, para el madrileño, el polígrafo santanderino era un hombre de la Restauración, una época falsa para el filósofo¹⁰. No es por lo tanto arriesgado afirmar que hacia el 1947 cuando todo el mundo toma como maestro y punto de referencia de aquella España a Menéndez Pelayo se abriera otra época fantasmal para Ortega. Sobre todo si consideramos al fantasma como un ser melancólico que se niega a aceptar el presente y vive atado al pasado sin capacidad de proyectar un futuro. La fuerza expresiva de *Los otros* de Amenábar radica en este sentido¹¹.

En esto contexto se asienta el opúsculo del jesuita palentino Miguel Gascón. La obra que hoy presentamos es un intento de recuperación de Menéndez Pelayo en el año 1937 como herramienta regeneracionista en el horizonte abierto por la guerra civil¹². La obra se completa

⁶ S. Ramón y Cajal, *Los tónicos de la voluntad. Reglas y consejos sobre investigación científica*. Madrid, 1971, p. 158. Cfr. A. Santoveña Setién, op. cit., pp. 250-251.

⁷ Cfr. J.L. Villacañas Berlanga, “Menéndez Pelayo en la crisis de la Restauración: Aproximaciones al estudio de su recepción”, *Analecta Malacitana*, Vol. 24, 2, 2001, pp. 331-352.

⁸ OO.CC., 1, p. 144.

⁹ J.L. Villacañas Berlanga, op. cit., pp. 333 y ss.

¹⁰ En *Vieja y Nueva política* hablará de la Restauración como un panorama de fantasmas y de Cánovas como el gran empresario de la fantasmagoría.

¹¹ Alberto Moreiras en su caracterización del pensamiento reaccionario (“La piel del lobo. Apuntes sobre la categorización de lo reaccionario”, *Archipiélago*, 56, 2003, pp. 7-11), entiende que si el objeto perdido fuera recuperable, la militancia que busca la reacción sería activa o progresista, procedería hacia una meta propiamente futura, no pasada.

¹² M. Gascón, S.J., *Menéndez Pelayo y la Tradición y los Destinos de España*. S.L. [Palencia], Imprenta “El día de Palencia”, 1937. En adelante se indica sólo el número de página.



con un comentario del también palentino Teófilo Ortega¹³. En el comentario al margen titulado “El Vigía”, Teófilo Ortega adscribirá a Menéndez Pelayo a la “España eterna” que se manifestaba, en su opinión, en los campos de batalla en la lucha “contra el invasor” [73]. Su propósito también es claro, cimentar la España de Franco en la obra de Menéndez Pelayo: “Mañana, cuando la guerra acabe, publicando en rebosantes tomos, todos sus trabajos y anotaciones” (78). De igual manera, para el religioso castellano ante los hechos circundantes existirá la necesidad de “conocer los auténticos valores de España” [5] que no serán otros que los que encarnara el polígrafo santanderino. El fin para Gascón estaba claro: devolver a España su sentido católico y nacional. Dice Gascón:

“Para esta hora llena de emoción, en que nuestra Patria se moldea de nuevo, he compuesto este cauce humilde por donde trascurre algo de las aguas limpias y puras que forman el caudal ideológico de este inolvidable artífice del perfil de la España inmortal que ahora amanece” [5].

La obrita de Gascón será un conato en plena guerra civil por reincorporar la tradición sempiterna que la influencia extranjerizante había hecho olvidar y que había tenido como vértice la II República. Pelayo representará en este sentido el salto de tigre a la tradición católica sustancial a España. Será el intento de legitimar mediante la continuidad histórico-cultural el levantamiento político-militar de Franco¹⁴. Así: “La España nueva debe enraizar con la España Tradicional” (7). En el fondo lo que se esconde es un discurso sobre una filosofía de la historia de España que culminaría con la derrota de la República y la vuelta a la esencia ortodoxa del ser español. Para Gascón, como para tantos otros, la II República era el

¹³ El periódico falangista *Nueva España* se haría eco de la publicación de la obra de Gascón en un texto breve (NE, 60, 27-5-37; NE, 113, 29-7-37), en dicho periódico también contribuía de manera constante Teófilo Ortega, con su *Romancero en prosa de la guerra azul*, algunos relatos sobre la guerra y un trabajo de alabanza a Ramiro de Maeztu entre otros.

¹⁴ El matiz propagandístico del opúsculo no es mínimo. La obra se presenta dedicada a “nuestro Caudillo y con él, a la nueva España que se forma en estos instantes con las más diestras armas y los más puros y mejores corazones en alto” [6].



último eslabón de la cadena en el proceso de modernización y secularización que Europa habría emprendido con la Reforma¹⁵. A mi modo de ver, el jesuita verá en Menéndez Pelayo la senda que España había tomado para no adentrarse en la Modernidad. En su interpretación del santanderino, entonces no encontraremos otra cosa que ensimismamiento español, o dicho de otra manera, la resistencia de todo un pueblo contra lo que le es ajeno, contra la heterodoxia. Ahora por tanto, sólo cabe una posibilidad, el dogma. Cuyo máximo intérprete es Menéndez Pelayo, “archivo” y “conciencia máxima de nuestra nacionalidad en el tiempo”. Así, ¿qué le quedaba a España? El refugio en sí misma. Algo que sólo pudo ser, según el religioso, mientras funcionó la Inquisición, mientras la Contrarreforma gozaba de toda su fuerza, cuando “todo español era teólogo”. De hecho para nuestro autor, el Concilio de Trento fue tan español como ecuménico al defender a España de lo exterior, y al llevarla a la exportación de su ser católico. Precisamente, para Gascón, la Compañía de Jesús sería el garante último de la catolicidad de España.

En este sentido, la filosofía de la historia de España que el jesuita traza sigue a la de Pelayo al proponernos que el elemento constituyente de la nación española fue el catolicismo. Sin él, argumenta el religioso, hubiera sido imposible la unidad en la Edad Media y menos aún el esplendoroso pasado imperial. La cita a Pelayo es recurrente y más que conocida: “España evangelizadora de la mitad del orbe, España martillo de herejes, luz de Trento, espada de Roma, cuna de San Ignacio...esa es nuestra grandeza y nuestra unidad. No tenemos otra” (HE, VII, pp. 512 y ss) (37). En esta tradición, el religioso inserta a Menéndez Pelayo como “compresor y trasmisor del genio nacional”. El santanderino para nuestro escritor no sólo ha construido una enumeración de las obras cumbre de la ciencia española, sino que a través de sus numerosos estudios ha sacado a la luz la verdadera esencia del alma española. El conocido “Brindis del Retiro” no sería otra cosa que la revelación de la esencia patria frente

¹⁵ “Que la causa última de la decadencia y de los desastres de España es el haber vuelto la espalda a su pasado y el haber roto el hilo de la tradición” [10].



al elemento foráneo, el krausismo. De este modo, Gascón va hilvanando una historia de España que equipara la Guerra de la Independencia a la Guerra civil hasta el punto de resultar preciso, en palabras propias de Pelayo, “que corriera un mar de sangre” (56). La II República no sería otra cosa más que “envenenados marxistas”, “comunismo ruso”, “frente popular francés” y toda demás ralea antiespañola. Lo que no tendrá la etiqueta de antiespañol, al contrario, será lo italiano y lo teutón. A quienes el palentino no duda en agradecer su intromisión en la guerra.

En síntesis, Miguel Gascón va a ofrecer a Franco el mismo proyecto que Menéndez Pelayo ofreció a la España de la Restauración: el ensimismamiento, la salvación de España desde España. En aquellas circunstancias se daba el momento, según el jesuita, en el que: “España entera debe pensar con Menéndez Pelayo” (69). De este modo, el levantamiento franquista no podía ser otra cosa que el “encuentro con la tradición perdida” frente a Europa (61).